

El mecenas sevillano de George Washington

Posted on 23 de noviembre de 2026 by Tom Burns Marañón

La victoria de George Washington en la batalla de Yorktown, junto a la bahía de Chesapeake, Virginia, en 1781 cambió todo al igual que la del duque de Wellington en Waterloo, en los bosques a las afueras de Bruselas, dio un vuelco al tablero geopolítico en 1815. En el primer combate, Gran Bretaña perdió sus Trece Colonias en Norteamérica y en el segundo la Francia napoleónica malogró ya para siempre su sueño de dominar Europa. *The rest is history*. Lo demás es historia. El siglo XIX pertenecería al Reino Unido. Y Estados Unidos, que utilizó ese siglo para comprar Florida a España, Luisiana a Francia y Alaska a Rusia, y para conquistar el Oeste a México y a las tribus nativas, se haría con el siglo XX.

Todo eso se conoce. Lo que no sabe todo el mundo es que el Ejército Continental norteamericano, que estaba a las órdenes del futuro primer presidente de la nueva república, derrotó al británico, que estaba aislado debido al bloqueo de la bahía de Chesapeake por la marina francesa, gracias a la financiación de la España de Carlos III.

La tropa voluntaria del general Washington, compuesta por granjeros y comerciantes, estaba a punto de amotinarse porque llevaba tiempo sin paga y no veía el fin de una guerra

revolucionaria que había comenzado en 1775. Solo accedió a avanzar desde Nueva York hasta Yorktown porque recibió gran parte de los salarios atrasados en pesos de plata que fueron enviados desde Cuba por Francisco de Saavedra, el comisionado de la Corona en La Habana que ostentaba plenos poderes para dirigir todas las operaciones militares en la zona en el contexto de la guerra anglo-española (1779-1783).

Los dineros que manejaba Saavedra en la capital cubana también pagaron las provisiones que requería el almirante francés François Joseph Paul, conde de Grasse para controlar la bahía de Chesapeake y evitar que la Royal Navy enviase refuerzos a la guarnición en Yorktown. Los británicos no solían perder batallas navales y la actuación de la armada francesa en esta decisiva lucha anfibia fue una de las excepciones a la regla. Saavedra y de Grasse —que sería severamente derrotado al año siguiente cuando intentó conquistar junto a España la británica isla de Jamaica—, se admiraban mutuamente.

Los norteamericanos saben de las hazañas de Bernardo de Gálvez, el Lafayette español cuyo retrato cuelga en la sede de la comisión de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos, pero la contribución de Saavedra a su independencia es prácticamente desconocida. Se ignora que sin los fondos que controlaba el enviado por el rey de España la ruptura de los colonos con la metrópolise habría retrasado.

James Giesler se ha propuesto remediar este olvido con su bien documentada biografía *Francisco de Saavedra's American Revolutionary War*, que lleva como subtítulo *The Spanish Contribution to the Battle of Yorktown*. Para ello se ha servido principalmente del Archivo General de Indias, en Sevilla, y del de Asuntos Exteriores y de la Marina, en París, y de los diarios y memorias de Saavedra, que han sido muy estudiados por los catedráticos Francisco Morales Padrón y Manuel Moreno Alonso de la Universidad Hispalense.

Giesler consigue su propósito, porque su texto, ameno y alejado de academicismos, logra fijar con empatía la figura de una persona instruida, amable, eficaz y, desde luego, muy inteligente en tiempos extraordinariamente tumultuosos. Saavedra, que nació en Sevilla en 1746, pudo haber elegido la carrera eclesiástica, puesto que se graduó con brillantez como doctor en Teología por la Universidad de Granada a los dieciséis años, pero optó por la militar, la otra que quedaba abierta a los jovenes varones como él, de la rama menor de la aristocracia.

Saavedra ingresó en el Regimiento Inmemorial del Rey, donde conoció a Bernardo de Gálvez, que sería su mejor amigo de por vida. Gracias a él, sus excepcionales dotes de liderazgo y de gestión llegaron a oídos de José de Gálvez, tío de Bernardo y ministro de Indias, que le incorporó a su Secretaría en 1778. Saavedra fue enviado a Cuba como comisario regio

plenipotenciario en 1781 con la orden de expulsar a los británicos del golfo de México y, muy especialmente, de Jamaica (que había sido conquistada por los ingleses en 1655 durante la dictadura de Oliver Cromwell).

Giesler, que nació en España en 1964, estudió derecho en el Reino Unido y se dedicó a la banca de inversión, tropezó con los diarios de Saavedra cuando, cumplidos los cincuenta años, reorientó su vida hacia la historia e hizo una maestría en estudios americanos en la Universidad de Sevilla. En este, su primer libro, junto con una rigurosa atención a las fuentes, transmite la entusiasta frescura de quien ha encontrado, por fin, su verdadera vocación.

El Saavedra que Giesler presenta al lector rebosa talento, especialmente por su habilidad como conversador que elimina desconfianzas y forja amistades porque sabe escuchar, incluso a los pedantes, y se quita importancia. Saavedra consiguió lo que otros altos funcionarios no lograron al unir voluntades entre los mandos militares destacados en Cuba, así como entre ellos y las élites civiles enriquecidas por el cultivo del azúcar. También supo coordinar las estrategias de la marina española con las de la francesa gracias a la «convención» que logró establecer con el impetuoso almirante de Grasse.

La admiración que Giesler profesa claramente por su biografiado es contagiosa. El interés primordial del autor es el de situar ante el público norteamericano a Saavedra, y por extensión a España, en el lugar que le corresponde dentro de la epopeya de la independencia de las Trece Colonias. Pero, a la vez, lo que emerge en estas páginas es el porte sereno e ilustrado del patriota que fue amigo de Jovellanos y posó para Goya.

Cuando a España le tocó luchar por su independencia, Saavedra organizó un ejército en Sevilla y, con el general Castaños al frente, lo envió a Bailén para derrotar a los gabachos. Presidente por aclamación popular de la Junta Suprema de Sevilla, Saavedra reagrupó a las juntas provinciales y estableció una alianza con ese viejo enemigo que fue Gran Bretaña. El facilitador de la victoria en Yorktown pudo saborear la de Waterloo. Murió en su ciudad natal en 1819.

Tom Burns Marañón es licenciado en Historia Moderna por la Universidad de Oxford, periodista y ensayista hispano-británico. Sus últimos libros son El legado de Juan Carlos I (Almuzara, 2025) e Historia mínima del Reino Unido (Turner, 2021).

Autor: James Giesler

Edicion: Amazon, 2025

Paginas: 388 págs.

Portada: 73714

Titulo: Francisco de Saavedra’s American Revolutionary War: The Spanish Contribution to the Battle of Yorktown